

## LA ABUELA

Recuerdo aquellas tardes cálidas de primavera, donde ella, como siempre, miraba por la ventana. Observaba a sus nietos jugar en el río. Los vigilaba por si algo malo les pasaba, pero sabía que con sus llantos y risas, un día más de vida le regalaban.

Todos los días ella bordaba sin ningún motivo, flores o viejos manteles, para darle una nueva imagen u oportunidad zurciendo así, los desperfectos debido al paso del tiempo. Como siempre, era interrumpida por sus nietos que alguna sorpresa le llevaban: flores, renacuajos en una botella, y algún que otro insecto, que a ella no le agradaba. Sin embargo, ella siempre se ilusionaba y aunque no le gustase los regalos que les traían sus nietos, siempre había una sonrisa desdentada en su cara.

Aquellas tardes con el tiempo pasaron. Sus nietos ya no jugaban. Ahora eran mayores y no tenían tiempo para dedicarle a ella, ni a su triste mirada. Sólo le quedaba el recuerdo de esas tardes, en las que venían a darle el amor que, aunque siguieran sintiendo, ya se lo negaban.

Tales recuerdos eran tan arraigados que, cada tarde, se sentaba en su hamaca, tejiendo aquellos manteles y suspirando por los tiempos pasados, en los que sus hijos y nietos, eran niños y le dedicaban un poco más de su preciado tiempo.

Una tarde, una de sus nietas, le llevó un frasco labrado y amarillento, la abuela lo miró y le preguntó: -¿Para qué es esto? La nieta, le contestó - Abuelita, ¿ya no te acuerdas de este frasco? La abuela, confusa, comenzó a pensar hasta que lo recordó:

*Se trataba de un frasco en el que una cálida tarde de verano, cuando su nieta lloraba porque quería jugar en el patio; hacía demasiado calor para que su traviesa nieta saliera. Para sofocar su llanto, la abuela le propuso hacer un pequeño juego: ser perfumistas. La nieta miró atónita a su abuela y sin pensarlo mucho, le dijo que sí. Con su ingenio, la abuela, la llevó al lavabo, lo llenó un poco y, cogiendo las flores de jazmín de su patio y un*

*poco de alcohol, elaboraron el perfume más codiciado. Aquella niña traviesa había aprendido a hacer perfume. Ella, con la infinita curiosidad que caracteriza a los niños, le preguntó a su abuela dónde iban a guardarlo. La abuela, recordó que tenía un frasco de perfume vacío; dejó a su nieta con la mezcla y cuando regresó lo embotellaron. Su nieta, emocionada, esparcía ese perfume, como si de una esencia mágica se tratara. Aquella casa quedó impregnada de una fragancia de amor, un secreto entre las dos que jamás habían contado.*

La abuela, tras recordar esa historia, se le llenaron los ojos de lágrimas, viendo que su nieta para siempre la recordaría con aquel frasco de esencia vacía. Ambas se abrazaron y pasaron la tarde entre relatos del pasado, en los que la abuela recordaba su niñez; y algunas penurias que en sus tiempos habían pasado. La nieta, absorta en los relatos de su abuela, se imaginaba aquellos relatos como si de una serie se tratara.

Antes de que aquella joven se marchara, ambas hicieron un juramento: todas las semanas la nieta iría a ver a su abuela para que le contase todas sus historias y así, ambas disfrutarían de su compañía mutua.

Todas las semanas la abuela siempre le recitaba la misma frase: *“el tiempo es un regalo codiciado, así que pásalo con tus seres amados”*. La nieta siempre la regañaba, puesto que tenía claro que jamás se marcharía. La abuela siempre sonreía, ya que sabía que se encontraba en el ocaso de su vida.

Aquellas tardes que pasaban juntas, confidentes de sus días, ambas se regalaban sonrisas que a la abuela siempre le alegraban el día, sin saber que le daban vida a su viejo corazón.

Como todo en la vida, a veces las promesas pasan desapercibidas, y la nieta empezó a faltar a aquellas tertulias. Tenía que estudiar y el tiempo que se regalaban, se esfumó como aquella cálida esencia que crearon aquel verano.

La abuela, con el paso de los años se fue marchitando, puesto que el tiempo era su peor aliado. Muchas de estas historias fueron desapareciendo de su mente, aunque siempre quedaría algo que recordaría: seguir bordando todas las tardes en su hamaca, cantando canciones que su madre le enseñaba cuando era joven.

Llegó aquella fatídica tarde de marzo, en la que su último suspiro fue dado y, con ello, el llanto de sus hijos y nietos que habían pasado sus mejores años y sus mejores historias, con aquella abuela que en sus mentes sigue bordando.

Ahora esa hamaca está vacía, y con ella el recuerdo de aquellas tardes de verano donde mi abuela nos vigilaba tras la ventana. No nos dábamos cuenta de que ella era más que un simple regalo.

***Tucciperi.***

Categoría Adulto.